

EL CAFÉ,

ECO DE LA CHISMOGRAFÍA ARTÍSTICA Y LITERARIA.

Este periódico se publicará todos los lunes.—Se suscribe en la ADMINISTRACION, calle de Embajadores, 37 tercero izquierdo, y en las librerías de Cuesta, Durán, San Martín y L. López.

5 de Enero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid un trimestre..... 4
En Provincias..... 3
En el Extranjero y Ultramar.... 10 rs



REVISTA DE TEATROS.

Dos novedades principales tenemos que participar a nuestros lectores en materia de teatros. La una es el nuevo drama de D. Antonio García Gutiérrez, *Nobleza obliga*; la otra es la zarzuela del Sr. Céspedes, música de D. Manuel Fernández Caballero, titulada *El primer día feliz*.

Nada nos atrevemos a decir de la primera. Obra de grandes pretensiones, y escudada con el nombre de un autor que pasa por ser de los primeros de España, no debe ser juzgada a la ligera, y sin más datos que el efecto producido por la representación. Este efecto, que puede, ora ser desagradable por la falta de artistas aptos para el desempeño del drama, ora fascinador por el encanto particular que tiene siempre una producción teatral puesta en acción, no basta para servir de base a un juicio literario medianamente concienzudo. Bajo la influencia de esta impresión diríamos desde luego, con perdón del Sr. García Gutiérrez, que *Nobleza obliga* no nos ha gustado; pero aguardaos, para formular una opinión resuelta, a que el drama se halle impreso, y nos sea posible estudiarlo con la detenimiento necesaria.

En cuanto al *Primer día feliz*, traducción muy mediana de la ópera cómica de Auber titulada *Le premier jour de bonheur*, sólo es notable por su música, y por una pequeña historia que acerca de ella se nos ha referido.

La partitura es lindísima; el Sr. Fernández Caballero, ya ventajosamente conocido del público por otras obras, ha venido a sorprendernos, después de algunos años de ausencia del teatro, con una creación delicadísima, con melodías misteriosamente inspiradas, con una instrumentación tan hábil como original. Vayan, pues, nuestros lectores, más que a ver, a oír *El primer día feliz*, y pasarán una noche no menos feliz que ese día.

Peró hemos dicho que la zarzuela en cuestión tenía su crónica, ó sea su historieta particular: y no sería justo, después de esta insinuación, dejar de decir a los lectores lo que sobre este punto ha llegado a nuestros oídos.

Parece que un joven escritor (cuyo nombre no hace al caso) presentó en Setiembre de 1869 a la Empresa de la Zarzuela un buen arreglo en verso de *Le premier jour de bonheur*, cuya letra canta-

ble había acomodado cuidadosamente a la música de Auber, que es por cierto muy bella.

La Empresa, si bien diciéndole que otro autor había pensado también en arreglarla, no rechazó la obra, y manifestó más adelante a nuestro joven que ningún compromiso tenía con el Sr. Céspedes, y que estaba en libertad de escoger entre uno y otro trabajo.

Así pasaron meses y meses,

él con paciencia esperando,
ella callando y haciendo,

hasta que en Julio del año siguiente, supo nuestro joven escritor que se estaban sacando los papeles del otro arreglo. Y cuando, en vista de tan extraña conducta se resolvió a interpelar a la Empresa, se le contestó que había procedido así porque tenía compromisos anteriores con el Sr. Céspedes. En vista de lo cual, el arreglador primitivo de la zarzuela la imprimió; y por ahí debe andar la edición, que sólo esperaba, para salir a la calle, la aparición de *El primer día feliz* del Sr. Céspedes.

La historia, como verán los que leyeren, no carece de gracia, salvo para el escritor de que hablamos, el cual es de creer que le encuentre muy poca.

Nada más podemos hoy por hoy decir a nuestros lectores. En la próxima revista es de esperar que *El Calvario de la vida* anunciado en el Teatro Español, *La mujer compuesta* que se pregona en el Circo, y *El primer beso* que nos va a dar Eslava, ofrezcan abundante materia para nuestras habladurías teatrales.

T. TURNPIKE.

RECUERDOS DE ITALIA.

EL GHETTO. (*)

En un arrabal de Roma,
Oscuro, mezquino y pobre,
Lloran restos de una raza
Las faltas de sus mayores.
Humillados y abatidos
Allí viven muchos hombres
Que cual pájaros despreciaron
Eternas generaciones.
Jamás llegaron a ellos
Bendiciones ni favores.
Ni placeres, ni alegrías,
Ni caridad, ni perdones,
Pues qué parece que el mundo,

(*) Barrio de los Judíos.

En su vengauza, dejóles
 Por todas partes desprecios,
 Por ninguna parte goces.
 De raza espúrea y maldita
 Esta raza lleva el nombre
 Y en verdad que no la cuadran
 Tan horribles maldiciones.
 Si fué un pueblo deicida,
 Si desconoció en el Hombre
 Al hijo del Dios, que rige
 Omnipotente los Orbes;
 Si fué un pueblo degradado,
 Que presuntuoso y torpe,
 Dejó la nueva semilla
 Por sus viejas tradiciones,
 ¿Fué tan grande su delito,
 Tan inmenso, tan enorme,
 Que aquella sangre bendita
 No puede hacer que se borre?
 Si ese pueblo desgraciado,
 Con su tradición conforme,
 El signo de los suplicios
 En la redención tornó;
 Si su desgracia verdugo
 La hizo ser, ¿en aquel monte
 No recogió, entre lamentos,
 Por sus crímenes perdones?
 ¡Ah, si! La bondad suprema
 Cariñosa perdonóle,
 Pues la ignorancia disculpa
 Las más horribles acciones.
 Cristo, al morir en la cruz,
 Murió por los pecadores:
 A nadie el fruto sublime
 De la redención nególe.
 Y sin embargo, ese pueblo
 Su redención no conoce,
 Pues la redención le niega
 Quien puede dar redenciones.
 Por todas partes maldito,
 Arrastra su vida pobre,
 Sin mirar del nuevo día
 Los radiantes resplandores.
 Donde el mundo á buscar viene
 La paz entre bendiciones,
 Es más horrible su sino,
 Su desgracia es más enorme.
 El perdón para él se oculta
 Tras de murallas de bronce.
 ¡Desgraciado Israelita!
 El crimen de tus mayores
 Aún está impreso en tu frente
 Con caracteres ignobles.
 «Judas» á una voz te llaman
 Soldados y sacerdotes;
 «Judas te dice el soldado,
 «Judas» te apellida el noble,
 Todos por tus penas ríen,
 No hay quien tus pesares lllore!
 ¡No se borran en un día
 Centurias de maldiciones!
 Huyen de ti las mujeres,
 De ti se alejan los hombres,
 Hasta los niños se apartan
 De tus mezquinas mansiones.
 Si con ellos te rozaras,
 Mancháraslos con tus roces
 Placer les diera tu llanto
 Y alegría tus dolores.
 Son cristianos, mas tú eres
 Un Judas, un Iscariote;
 Y es justo que en ti se purgue
 El crimen de tus mayores.

...
 ¿Y ha de ser siempre lo mismo?
 ¿Siempre con alma de bronce
 Hemos de escuchar sus ayes,
 Hemos de oír sus clamores?
 ¿No habrá de llegar un día

De hermosas irradiaciones,
 En que ese límite indigno
 Por la humanidad se borre?
 Si, llegará, Dios lo dice:
 Ya su bondad se dispone
 A borrar de vuestra frente
 Ese borron tan enorme.
 Dios de bondad soberana,
 Dá á ese pueblo tus favores;
 Haz que tu grandeza admire,
 Y ante tu poder se postre.

FINE - HOUSE.

Roma 20 de Enero 1870.

LOS BOULEVARES DE PARIS.

Ninguna población más que París, ofrece un paseo tan bello, tan espacioso, tan variado, como aquella larga serie de boulevares que se encuentra en su recinto. Es una feria perpétua, un panorama viviente, en donde el observador puede pasar revista á las diversas clases de la sociedad, y estudiar las maneras, las modas, y hasta los usos de cada barrio: porque hay gran diferencia entre los habitantes del boulevard de los Italianos, y los del *Pont-au-choux*; entre los paseantes de *Coblentz*, y los del boulevard del *Jardin-Turc*.

A las ocho de la mañana, en el boulevard del *Temple* ya está todo en movimiento: las tiendas se hallan abiertas; los mercaderes han puesto sus muestras, el rentista toma el aire, las cocineras salen á la compra, los artesanos van á buscar ó á llevar obra. Voy á la puerta de *San Dionisio*, y ya el cuadro cambia; aquí todavía no se piensa más que en el desayuno, que en el *Pas-de-la-Mule* hace ya mucho tiempo que se ha tomado. Llego al boulevard de la *Magdalena*... ¡qué calma! Todo duerme aún. Acá la vida no es ya la misma; el día en la *Chaussée d'Antin* comienza tres horas más tarde que en el *Marais*.

Entro en un café que acaba de abrirse; los mozos me miran con asombro; hasta dentro de dos ó tres horas nadie irá á almorzar; pero á las doce principian á dejarse ver los jóvenes elegantes: las tiendas están resplandecientes, crúzanse los cabriolés; todo toma el aspecto de la vida, toda se anima; y ya la moda acude á visitar este barrio donde ha establecido su imperio. A las tres, el paseo está encantador; viénese á lucir el traje ó el adorno nuevo: reina en este boulevard un aire de opulencia que fascina al modesto vecino del barrio de *San Antonio*. En honor de la verdad, los hombres parecen un tanto fastidiados de sí mismos, las mujeres tienen menos frescura que coquetería... pero se pasea allí con tanta gracia! Las palabras sueltas que oigo estan dichas de un modo tan picante que no me puedo decidir á alejarme. Pásaseme la hora; entro en un café, y en él como: cuando me presentan la cuenta, advierto que todo está montado á lo grande en aquella parte de la capital, hasta los precios del café: salgo un poco menos encantado; el paseo se halla desierto.

Vuelvo á bajar por los boulevares: bien pron-

to la diferencia que noto en el aire, las maneras y el traje de las personas que encuentro, me advierte que he vuelto al barrio en que el día empieza y concluye más temprano. El obrero se pasea cantando, el soldado silbando, las grisetas mirando al soslayo, como si buscáran alguna cosa. Los jóvenes van con aire preocupado; esta es por acá la hora de las citas. Pero ¡oh desgracia! el cielo se oscurece; siento caer sobre mi mano gruesas gotas de lluvia. Los paseantes apresuran su marcha, y la nube descarga antes que hayan tenido tiempo para ponerse á cubierto. El cuadro entonces se hace más chistoso. El marido tira del brazo de su mujer para buscar un refugio, la mujer regaña al marido que se ha empeñado en que se pusiera su chal de *bourre de soie*. Una señora gorda, que cree correr, apenas puede conservar la respiración: esta señorita tiembla por su sombrero nuevo y sus botas recién estrenadas, y redobla el paso, y aquel caballero que viene hacia ella sonríe ante los contornos que dibuja el viento por bajo de la flexible tela. El joven que llevaba á paseo á su querida, maldice el chubasco, y llama á todos los fiácos que pasan; y el rentista se apresura á abrir un viejo paraguas que probablemente no ha de resguardarle mucho.

Pero esto no era más que una lluvia de tempestad: ya las nubes se disipan, renace el buen tiempo; la gente se sosiega, ciérranse los paraguas, y vuelven á perfilarse los tocados que la tormenta ha podido ajar. Al cabo de un cuarto de hora, los boulevares están llenos de gente, como si no hubiera cesado ni un momento de hacer buen día. ¡Hay tantas personas en París que necesitan el paseo!... El viejo pasea sus recuerdos, el enamorado sus esperanzas, el autor sus planes, el rico su ociosidad; la vieja viuda su perro, la niñera los chiquillos, el petimetre su presunción, la cortesana su descaro, el saboyano su mono, la griseta sus ojeadas, y la jovencita sus ilusiones.

Llego al boulevard del Temple. ¡Qué variedad de espectáculos y de curiosidades! ¡Qué felices parecen todas esas caras, oyendo los chistes de este payaso, ó viendo las suertes de aquel escamoteador! Entretanto viene la noche; los paseantes se retiran, los curiosos van escaseando, las linternas mágicas los entretienen durante un rato; pero muy pronto cada cual se mete en su casa: y sin embargo, todavía no son más que las diez.

Ya que estoy aquí en disposición de pasear, voy á ir á casa de *Tortoni*. Alejome de aquellas buenas gentes que finalizan el día cantando; pierdo de vista á las grisetas que tararean la copla del *vaudeville* que acaban de oír en la *Gaité*; y me dirijo á la *Chaussée d'Antin*; llego á las diez y media; allí parece que entonces comienza la noche; los cafés están resplandecientes de luz, la multitud los invade, el paseo se halla muy concurrido. Entro á tomar un helado, y veo jugar al villar. El tiempo se pasa, acaba de dar la una de la mañana. Salgo, ha cesado el ruido; los boulevares están desiertos; algunos jóvenes, que acaban de dejar con pena una mesa de *écarté*, pasan rápidamente

junto á mí; otros abandonan los cafés, rendidos, fatigados de lo que han hecho durante el día. Retírause en fin todos; pero en este barrio no se despiden cantando, sino triste y silenciosamente.



A PARÍS.

SONETO 10.

Tú que rival de Atenas y de Roma
Te llamabas con cinica osadía,
Aunque debiste *Babilonia impia*
Denominarte y *fétida Sodoma*:

Al caer la columna de Vendoma,
Monumento de gloria y de valía,
¿Ostentarás orgullo todavía,
Cuando tu poderío se desploma?

A Jehová ultrajaste, aunque propicio
Padre y juez ójalá en tiempo del Profeta
Con la ciudad cubierta de cilicio,

Dios, que el perdón de Nínive decreta,
Hoy tu castigo en formidable juicio
Mandó pregone horribona trompeta.

(Junio de 1871.)

A LOS SANTOS INOCENTES.

SONETO 11.

Cándidos niños, flores y primicias
De los mártires que hoy pueblan el cielo,
Tiernos hijos de madres sin consuelo,
Que os llamaban su amor y sus delicias;

Vosotros que sus brazos y caricias
Sin lágrimas dejásteis y sin duelo,
Por dar al padre Abraham en rauda vuelo
De salud y perdón santas albricias;

Con Justo, con Pastor y Dominguito,
Ángeles bellos de la Patria mía,
Rogad á Dios por el país hendido

Que bondadosa visitó María;
Rogad que aquí desaparezca el rito
De la audaz y sacrilega heresia.

(Diciembre de 1871.)

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO CRUCIFICADO.



SONETO 12.

DEDICADO AL SEÑOR

D. FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA,

MI CARISIMO AMIGO Y HERMANO EN LETRAS

*ejemplar sacerdote, modelo de amor filial, inspirado
poeta, digno profesor del Instituto de Sevilla.*

*Exaudi, Domine, vocem deprecationis
meae, dum oro ad te. (PSALM. 27, v. 2.)*

Eres Padre de amor, no fueses severo;
A pesar del insano desvarío
Conque mi libre y mísero albedrío
De la virtud abandonó el sendero,
Mirame al pie del áspero madero,
Del sacrosanto leño en que conllo,
Ara donde espiraste, Jesús mío,
Víctima pura, cándido cordero.

Dios mío, escucha mi tándio lloro:
Me llamas, y á la voz de mi conciencia,
Postrado ante la cruz, tu gracia imploro.
¿Negarás á mis culpas indulgencia,
Cuando tu sangre que ferviente adoro;
Publica mi perdón y tu clemencia?
(Viernes Santo de 1871.)

GASPAR BÓZO SERRANO.

¡DABULUDAS!

La Correspondencia del miércoles anuncia un gabinete sin comilla; y la del jueves dice que se cede una habitación sin comer.

Cualquier día, en mi sentir,
nos anuncian con empeño
un gabinete sin sueño,
ó una alcoba sin dormir.

El susodicho periódico nos revela también que un landó desea cambiarse por una carretela. ¿Antojillos tenemos? ¿Cuánto vá á que el tal landó se halla en estado interesante?

Yo también quiero, y no puedo,
Cambiarne por Manzanedo.

A un chico por desasnar
Preguntó el maestro Barrantes:
—¿Dónde está Madagascar?—
Y él dijo sin vacilar:
—En el mismo sitio que ántes.

¿En qué se parece el teatro de España á una cruz
de granate y oro de que habla, en su cuarta plana, columna primera, La Correspondencia del 31 de Enero?
En que es cosa perdida.
¿Y la arquitectura gótica á la sopa de pan?
En que es calada.
¿Y las Aduanas á los Tribunales?
En que tienen vistas.
¿Y los huevos á los dedos?
En las yemas.
¿Y los lectores de EL CAFÉ á los puentes?
En que tienen ojos.
¿Y las patatas á los dientes?
En que se mondan.

Dejó cierto abogado al hospital de locos de su pueblo un legado cuantioso, y decía en el testamento:—Lo gané con los que pasan la vida pleiteando; no hago hora más que restituirselo.—

—Las mujeres, decía un solterón de patillas blancas, no nos dan más quedos días buenos: el día en que las vemos por primera vez, y el día en que las perdemos de vista.

En el cementerio de la Sacramental de...
UN CABALLERO (hablando en medio de un grupo de acompañantes).—Yo no diré que los hombres, cuando nacen, son malos, ó son buenos, ó son excelentes; lo que sí sostengo es que según los epitafios que nos rodean, las tres cuartas partes de los que mueren son excelentísimos.

Representábase un drama del género trágico, que el público estaba recibiendo como zarzuela bufa:

EL PRIMER ACTOR, (tomando una copa con veneno.) Hay aquí tósigo suficiente para matar á un hombre. Apurémolo... (Vá á beber.)

UNA VOZ. (en las galerías.) Déjalo para el autor.

¡He aquí de qué manera retratába en cierta ocasión Alfonso Karr á un sujeto aficionado á llamar la atención!

—Tanto le gusta que hablen de él, que sería capaz de forrar un bombo con la piel de su amigo más íntimo para hacer ruido.

—Mayorall! ¿Hay algún asiento en la berlina?

—No, señor; en el cupé tiene V. uno vacío.

—¿Cómo ha de ser! Pero, diga V.: ¿en el cupé se vá al mismo punto que en la berlina?

Un sacamuelas de Nueva York tiene tal confianza en su destreza, que entrega el paciente durante la operación un revolver (que le hace comprar ántes) con permiso de disparársele sobre el pecho si le causa el dolor más pequeño.

Solamente le advierte que no responde de lo que suceda luego.

Esté es el modo de vender un revolver á precio de revolver, y convertirlo por medio de aquella advertencia en carabina de Ambrosio.

CHARADA.

Metíme en segunda y terciá
Por consejo del doctor,
Tomando de dos y prima,
Al salir, una infusión.
En mantas de prima y terciá
Mi criado me envolvió,
A fin de que hiciera efecto
La médica prescripción.
Esto, lector de mi vida,
Te lo cuento en español,
Pues (soy franco) en lengua todo
Muy poco versado estoy.

ACERTIJO.

Siete letras tengo:
Si las tres primeras
Me quitas, soy nombre
De una letra griega.
Si las que me arrancas
Son las tres postreras,
Hallarás de nuevo
La citada letra.
Si las tres del centro
Son las que te llevas,
Otra vez te topas
Con la letra griega.
¿Quién imaginára
Hallar griego y letras,
En mí, que alimento
No soy de poetas?

Solución á la CHARADA inserta en el número anterior.

CONTADOR.

Madrid.—Imp. de S. Landáburu, Plaza de los Carros, 2 bajo.